do transpuesta, se quitó la capucha, y puso gran silencio («chisss») hasta que la madre tornó en sí».

¡Qué respeto! Claro, estaba allí el Espíritu Santo, en Santa Teresa, produciéndole el éxtasis, ¿quién era él para hablar? Estaba allí el Espíritu Santo, ¡sshh a callar! Y mandó callar a todas, hasta que la madre tornó en sí, ¡qué hermoso!

Podrían llegar al éxtasis hijas mías, todas Vds. monjas contemplativas, están llamadas al éxtasis. El éxtasis no es el último grado, el éxtasis está en la sexta morada, y hay siete moradas, queda una todavía, la séptima, y la séptima está por encima del éxtasis. Llega un momento en que el alma está ya tan acostumbrada a cosas tan grandes, que ya no cae en éxtasis. Miren qué cosa, en la séptima morada tienen menos éxtasis que en la sexta, lo dice la Santa; ya están acostumbrados a

él, y de pronto, sienten como que se están tambaleando, pero aguantan, están acostumbradas ya y evitan caer en el éxtasis. Pero si embargo la unión con Dios es de una intimidad enorme, imposible de describir: inefable. El capítulo tercero de la séptima morada, en que la Santa cuenta lo que ocurre a un alma que ha llegado a ella, las virtudes que practica, es algo delicioso, una maravilla, una maravilla. Es el matrimonio espiritual, es ya la unión consumada, ya no cabe más acá en la tierra. A veces dicen unas cosas que no se puede decir, que pasan de la raya, pero claro es que son cosas tan inefables, que la misma Santa Teresa exagera cuando dice que se unen a Dios «como un arroyito que entra en la mar». Porque el arroyito que entra en la mar desaparece y eso no puede ser (sería puro panteísmo). En realidad nos hundimos en la inmensidad de

Dios, nos hundimos cada vez más, pero conservando siempre nuestra propia personalidad humana. El fuego de Dios nos transforma de una manera tan enorme que nos incendia a lo divino, la llama se ha convertido en brasa pero nosotros continuamos siendo nosotros. Llegará un momento, al final de los tiempos, en que vendrá una invasión tan enorme de la inmensidad de Dios sobre el mundo entero, que hará callar el susurro de los seres creados, y entonces Dios nos inundará por completo. Entonces ya no habrá más que la acción de Dios en el alma, y Dios lo será todo, en todos, como dice San Pablo. Una maravilla. El susurro de los seres creados habrá desaparecido, ya no habrá más que el Ser infinito de Dios, que se habrá apoderado totalmente de nosotros, pero sin destruirnos como criaturas.

La predestinación

A esta unión transformativa, que tan maravillosamente describe Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en la canción 39 del «Cántico espiritual», ¿están llamadas Vds. monjas contemplativas? No lo sé. Porque el teólogo tiene la obligación de decir las cosas como son, sin mentiras ni exageraciones. Depende todo del grado de nuestra propia predestinación. No todos estamos llamados al mismo grado de Santa Teresa, no, no. ¿A qué grado estamos llamados?, no lo sabemos. Pero cada uno de nosotros tiene un grado de predestinación determinado por Dios desde toda la eternidad, elegido por Dios desde toda la eternidad. Nosotros podemos quebrantar este deseo de Dios y quedarnos por debajo, pero subir más arriba de lo que tenemos predestinado, no. La predestinación es un tope, y suponiendo que Dios nos haya pre-

destinado para llegar a la quinta morada, jamás llegaremos a la sexta. Si nos ha predestinado a la sexta podremos llegar hasta ahí, pero nunca hasta la séptima. Depende del grado de nuestra predestinación. Pero, como nosotros no sabemos a qué grado nos ha predestinado Dios, debemos aspirar a lo máximo, por si acaso sea el máximo, que puede que sea, que no quede por nosotros. Pero pidamos a Dios únicamente que lleguemos hasta donde sea nuestro grado de predestinación, y no más. Respetemos y adoremos la voluntad de Dios sobre nosotros.

Y debemos estar contentos y conformes de tal manera, que en el cielo habrá una infinita variedad de grados, y nadie tendrá envidia de nadie, porque todo el mundo tendrá de tal manera llena y satisfecha su capacidad, que no le cabrá más. Una persona que acaba de comer mucho

si le ofrecen después más comida incluso más apetitosa, será más apetitosa pero a ella no le cabe más, y no quiere más. En el cielo cada una tendrá el máximo de lo que pueda soportar, y por consiguiente nadie tendrá envidia de nadie.

Pero esta razón es muy pobre, hay una razón mucho más profunda, y es que la caridad es y seguirá siendo la reina de todas las virtudes en el cielo también. La fe y la esperanza desaparecerán. Ya no tendremos fe en el cielo, porque ya veremos a Dios; tampoco esperanza, porque ya lo tendremos todo; pero la caridad crecerá de tal manera, que tendremos más gozo y más alegría de ver a nuestro hermano por encima de nosotros, que si estuviéramos nosotros en su lugar.

A veces vemos a alguna persona que nos parece más perfecta que las otras,

(aunque los santos saben disimularlo muy bien; Santa Teresita lo disimuló tanto que ni las monjas de su convento cayeron en la cuenta), pero a veces se nota, se nota que una persona es más de Dios que otra, se nota bien. Pues no le tengan penosa envidia, sino todo lo contrario, alégrense, y pidan al Señor: «Acábala de santificar, porque esa sí, esa va bien, acábala de santificar, quítame a mí algo, y dáselo a ella». Santa Teresa se lo pidió al Señor muchas veces: que le quitara a ella alguna de las mercedes que le hacía el Señor para dárselo a otras, sobre todo a las que la perseguían o calumniaban.

¡Oh!, esto sí que es caridad: alegrarse del bien de los demás tanto o más que si fuera propio. Lamentemos el que no seamos santos nosotros, pero tener pena de que otra persona sea más santa que nosotros, es un pecado de envidia gravísimo. Debemos

tener una gran alegría de que sean mejores que nosotros, y empujarlas para que sean más santas que nosotros: eso es caridad, como la que funciona en el cielo.

LA CONTEMPLACIÓN

La contemplación es esto, una oración que va subiendo, subiendo: recogimiento infuso, quietud, unión, éxtasis, matrimonio espiritual. Pero ahora cabe preguntar más concretamente: ¿Qué es contemplar?, ¿cómo se contempla?, ¿de qué manera se va subiendo en la contemplación? Es lo práctico, pues la teoría ya está vista con toda claridad.

Lo han visto claro, ¿verdad? Han visto que sin los dones del Espíritu Santo, no hay santidad. Con la gracia ordinaria podemos llegar hasta la tercera morada, pero de ahí no pasamos; de la cuarta para delante ya tienen que venir los dones del

Espíritu Santo. Y los dones del Espíritu Santo se obtienen a fuerza de oración y a fuerza de humildad, a fuerza de humildad, y a fuerza de pedírselo al Espíritu Santo. Apréndanse de memoria, pero no para recitarla como una oracioncita, sino para saborearla despacio, la secuencia de Pentecostés: «Veni Sancti Spiritus...».

¡Maravillosa! Pidan al Espíritu Santo que les dé eso. Sean devotísimas del Espíritu Santo, pídanle que les enseñe a hacer oración, y, sobre todo, que maneje la lira de los dones del Espíritu Santo, que la maneje Él, porque tiene que ser Él quien la maneje, pídanselo, pídanselo con insistencia.

Contemplar es «respirar amor»

¿Qué es contemplar? Contemplar es respirar amor, dos palabras, nada más. Respirar amor. Respirar amor de Dios. Nada más.

¿Cómo se contempla? Respirando amor, respirando amor, respirando amor... Nada más.

¿Cómo se crece en la contemplación? Respirando amor de una manera cada vez más intensa, de una manera cada vez más profunda, pero sin cambiar de actitud, sin cambiar de oficio: respirando amor. Nada más. Respiren amor, y llegarán a la cumbre, y sin esto, ya pueden hacer Vds. lo que quieran, que no llegarán. Respirar amor es el ejercicio de la caridad perfecta, del puro amor: «Aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera».

Respirar amor, pero cada vez más intensamente; ¿por qué cada vez más intensamente? Esto es muy importante, este punto quiero aclararlo muy bien porque es importantísimo.

Miren, imagínense Uds. que tenemos aquí una serie de vasos llenos de

agua. Uno está calentado a 20 grados, otro a 25, otro a 30, otro a 35, y otro a 40. Introducimos un termómetro en el de 20, marca 20; introducimos en el de 25, marca 25; introducimos en el de 40, marca 40. Para que marque el termómetro 41, ¿qué tiene que ocurrir?. Pues tiene que ocurrir que el agua que ahora está calentada a 40, se caliente a 41, porque si no el termómetro no subirá, aunque lo metamos 40 veces, 400 veces, siempre marcará 40, 40, 40. Para que suba a 41, es preciso que el agua se caliente a 41, y entonces el termómetro acusará inmediatamente el grado que ha subido.

Esto quiere decir que vale más un acto de amor de Dios intenso, que miles, fíjense bien, que miles de actos de amor tibios. Si están a 20 grados, y no pasan de ahí, aunque hagan mil actos de amor de Dios de 20, se quedarán en 20, 20, 20, 20.

Para que lleguen a 21 tiene que hacer un acto de intensidad 21, porque si no el termómetro no sube. Y qué se hace, ¿cómo se hace un acto más intenso? Fíjense bien, no se trata de apretar los puños, no es eso. Es todo sobrenatural, todo debe hacerse con una gran sencillez y una gran naturalidad. Es afinando los motivos, afinando los motivos, o sea: haciendo que cada vez sea más verdad, «que aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera, no me tienes que dar porque te quiera...». «Mira Señor, yo te quiero amar sólo por ti mismo, renunciando en absoluto a que me aumentes el mérito; auméntame el amor, pero el mérito no». Al revés de lo que hace la inmensa mayoría de la gente: rezan y rezan para aumentar el mérito, para ganar indulgencias. Obrar sólo o principalmente para ganar méritos es egoísmo puro, no puro amor.

El amor puro de Dios dice: ¡no, Señor, no me aumentes el mérito! ¡Si yo quiero ser el «farolillo rojo» del cielo, el último de todos! No me aumentes el mérito, auméntame el amor, auméntame el amor a Ti, pero no me aumentes el mérito, porque «aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera». Esto es un acto de amor más intenso, sin apretar los puños, con toda naturalidad y sencillez.

Santa Teresa, cuando la insultaban se frotaba las manos de alegría y cobraba particular cariño a esa persona. Si quería alguno hacerse amigo de Santa Teresa, tenía un modo infalible de serlo: insultarla, ya la había conquistado. Así son los santos. Y todavía añadía Santa Teresa: «Señor, yo quisiera pedirte para esa persona que me persigue, que me quitases algo de lo mío y se lo dieses a ella, para que no te ofendie-

se». Fíjense bien; ¡qué maravilla!, primero renuncia ella a lo suyo, se lo da a la otra; pero esto tampoco es su último fin: «para que no te ofenda a ti», ¡qué maravilla! El don del Espíritu Santo le hacía ver claramente todas estas cosas, tan sublimes y maravillosas.

Respirar amor, cada vez más intenso, intensificando los motivos, renunciando al mérito y a la recompensa, renunciando a todo lo demás: «Dadme salud o enfermedad, dame cielo o dame infierno, a todo diré que sí». Lo dice Santa Teresa, renunciar a todo en absoluto, menos a amar y glorificar a Dios.

Hay que llegar a decir: «Señor a mí no me interesan más que dos cosas: que se cumpla en mí tu voluntad hasta el último día y hasta el último detalle y que te glorifique hasta el máximo aunque se hunda el mundo y pase lo que pase». Y

también: «Quiero poner mi alegría en tu alegría, mi felicidad en tu felicidad, mi gloria en tu gloria. El pensamiento de que tú eres infinitamente feliz, y de que no dejarás de serlo jamás, ocurra lo que ocurra, sea la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías. Verte feliz a ti Señor, no quiero otra cosa. No me hagas feliz a mí, el verte a Ti feliz, ya me hace feliz: eso es todo para mí, Señor, no quiero más». Esto es contemplar, estos son actos intensos, sin apretar los puños, con toda sencillez y naturalidad.

«Respirar amor». Como no respiren amor no llegarán a la santidad, y si respiran amor de esta manera tan fácil, tan sencilla, no haciendo otra cosa, sin pensar en otra cosa. Llegarán. No pidan nuevas consignas que las desorientarán, esta es la gran consigna, «respirar amor». Si hacen eso llegarán a la santidad, y si no hacen

eso, aunque tengan cuarenta directores espirituales fracasarán. Santa Teresa fue santa a pesar de los directores espirituales, porque algunos estuvieron a punto de desorientarla haciéndola creer que todos sus fenómenos místicos eran cosa del demonio. El «caballero Salcedo» y Gaspar de Aza, cura de Ávila, querían exorcizarla. Y fueron los dominicos, los que la orientaron bien: «¡Cómo!, ¿esta mujer endemoniada? ¡Si todo eso es cosa de Dios!». Naturalmente no vieron nada diabólico, eran grandes teólogos y al mismo tiempo hombres de Dios como Báñez, por eso veían tan claro. No se dejen desorientar, no admitan más consignas que esta, porque no hay otra mejor para ser santos, créanme.

«Respirar amor», es la caridad perfecta, es el desarrollo de la caridad, llegar con Cristo hasta el colmo de la caridad. Y el

colmo de la caridad es ese: llegar a olvidarse de uno mismo, de tal manera que no nos interese más que la felicidad de Dios, ver feliz a Dios eso basta. «¡Señor!, no me interesa nada fuera de ti. Señor, me interesas tú, me interesa el verte feliz a ti». Esto es el «puro amor» del que hablan tan maravillosamente los místicos experimentales: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresita, Isabel de la Trinidad, Rafael Arnaiz, etc. Claro que no podemos estar mucho tiempo haciendo actos intensos, no lo resistiríamos. No hace falta pasar la hora entera de oración con la máxima intensidad, es imposible. Pero, al menos, dediquemos diez o quince minutos a algunos actos intensos, aunque descansemos después un poco. En esos escasos momentos intensos creceremos más que en todo el tiempo restante, como hemos explicado más arriba.

«Respirar amor» es la consigna definitiva, pero les voy a sugerir otra complementaria a propósito de una obra de Lope de Vega: «Fuenteovejuna» ¿no han oído hablar de ella?

Fuenteovejuna es un pueblo importante de la provincia de Córdoba. En tiempos de Carlos I de España, gobernaba Fuenteovejuna el Comendador de Calatrava, que les impuso unas leyes y unas cosas que ellos no estaban conformes ni muchísimo menos. Algunas cosas no se pueden ni contar a las monjas porque se escandalizarían. No estaban conformes con él y un día se pusieron todos de acuerdo y mataron al comendador. Lo mataron, ya está. Entonces, cuando se enteró el rey que habían matado al comendador, mandó allí un juez, para averiguar qué había pasado allí. El juez reunió al pueblo entero, con el alcalde a la

cabeza y preguntó: «¿Quién mató al comendador?»

Y el alcalde, en nombre de todos, contestó:

Fuenteovejuna, señor.

Bueno, ya sé que fue en Fuenteovejuna, pero, ¿quién fue en Fuenteovejuna?

¿En Fuenteovejuna?

–Sí. Dígame ¿quién fue en Fuenteovejuna?

Todos a una, señor.

Esta consigna es buena también para ustedes, las monjas contemplativas. Mientras permanezcan unidas todas a una, como en Fuenteovejuna van bien. El día en que se desunieran y formaran grupos o grupitos distintos, se hundiría el convento.

EL DIRECTOR ESPIRITUAL

Voy a decirles ahora unas palabras sobre el director espiritual, que suelen

tener algunas monjas, aunque no es absolutamente necesario.

Es muy difícil ser un buen director espiritual. Según San Juan de la Cruz «para este camino (el de la mística) apenas se hallará guía cabal, porque además de ser sabio y discreto ha menester ser experimentado; porque aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a encaminar el alma en él cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá» (Llama 3,30).

En efecto. ¿Cómo es posible que un hombre, aunque sea muy buena persona, aunque sea un buen sacerdote, aunque sea un buen religioso, si él mismo no tiene sed de Dios, si él mismo no tiene hambre de Dios y de santificarse, ¿cómo es posible que lo infunda a los demás? Es imposible, si no le sale del corazón, si a él no

le interesa la santidad, ¿cómo va a intentar dar lo que no tiene? Por eso yo he dicho muchas veces a muchas monjas que no tengan ningún escrúpulo de conciencia, si no tienen directores espirituales, o no tan buenos como fueran de desear. Si hubiera verdaderos directores espirituales, qué duda cabe que sería estupendo; un director espiritual que empuje hacia la santidad, eso es un don de Dios, eso hay que pedírselo a Dios. Pero es que no los hay, o escasean mucho, y si se fían Vds. de lo que les dice un hombre que no reúna las debidas condiciones, les hará un daño terrible. Más vale en este caso que no tengan director espiritual.

Les voy a dar una norma clarísima de dirección espiritual, para saber cuándo una cosa es puramente natural, cuándo es del demonio, y cuándo es del Espíritu Santo.

a) Cuando sienta un impulso interior para hacer una pequeña desobediencia, para faltar al silencio, para faltar a cualquier puntito de la regla o constituciones: eso es del demonio. No se necesita dirección espiritual ninguna, ya está. Te está indicando que faltes al silencio, que faltes..., ya está: el demonio. No hace falta director espiritual para ver cosa tan clara.

b) Si no te dice que peques, pero sí que seas un poco más comodona, que no te preocupes demasiado, que vayas tirando, pero nada más, sin grandes preocupaciones. ¡Ay!, casi seguro que ahí, puede ser que no este él demonio, pero está tu egoísmo, está tu naturaleza humana que no quiere molestarse, que no le gusta el sufrimiento, que no quiere la mortificación.

c) En cambio cuando la moción interior te invita a ser la última de todas, a ponerte al servicio de todas, a besarle los pies a esa que te resulta antipática, a desear que la otra sea mejor que tú, etc., eso es del Espíritu Santo. No hace falta director espiritual, está claro que eso es cosa de Dios.

El director espiritual, si tenemos bien asimilado este criterio, no hace falta para nada. Santa Teresita no lo tuvo y llegó a ser una gran Santa. Si Uds. tienen un santo director que les oriente bien: adelante. Pero ay, ay, ay qué difícil va a ser, qué difícil va a ser. Si tuvieran Vds. a un San Juan de la Cruz, adelante... pero ay, ay, ay, si no son santos las tendrán paralizadas en su vida espiritual o las desorientarán por completo impidiéndolas salir de la mediocridad.

Háganme caso: limítense a «Respirar amor», cada vez más intenso, eso les basta. Vds. mismas sabrán distinguir cuándo es el Espíritu Santo, y cuándo es el demonio, y cuándo la propia comodidad o egoísmo.

Todo lo que sea faltar un poquitín, por poquitín que sea, a la regla: el demonio.

Todo lo que sea comodidad y horror a la cruz: nosotros mismos, nuestra propia naturaleza mal inclinada.

Todo lo que sea tratar de ser el «farolillo rojo», queriendo, deseando, ansiando ser la última de todas, besando los pies a todas: el Espíritu Santo.

Esta clarísimo, no hace falta director espiritual. Háganme caso hijas mías. De las monjas, recibo unas cartas... Algunas las conservo, pero las voy a quemar, porque el día en que me muera, qué le impor-

ta ya a nadie. Las cartas que recibo: desde que toman en cuenta la consigna respirar amor, son maravillosas. Avanzan rápidamente hacia la santidad. Claro, es el ejercicio de la caridad, de la caridad perfecta, de la del que no se busca a sí mismo, si no que busca a las demás, busca a Cristo: «A mí me lo hicisteis, a mí me lo hicisteis», dice el Señor.

Santa Teresita

Santa Teresita se desvivía por prestar algún servicio a las demás, no se buscaba jamás a sí misma; ¡cuántos detalles de Santa Teresita, Dios mío! Nunca buscándose a sí misma, siempre buscando a las demás, ¡oh!, así llegó a la cumbre. Santa Teresita no es una santa inferior o mucho menor que Santa Teresa, está muy cerca de ella, si es que no iguala a la gran Teresa de Ávila.

Santa Teresa de Ávila era otra cosa: tuvo carismas, visiones, revelaciones, una predestinación especialísima, la tenía Dios predestinada para hacer cosas tan grandiosas, que no podemos aspirar a eso; aspirar a visiones, a revelaciones..., uy, uy. San Juan de la Cruz rechazaba todo eso, fuera.

Pero estar íntimamente unidos con Dios, no preocuparnos nada más que de Dios, no vivir más que para Dios, eso está al alcance de todos.

Vds. pueden ser todas Teresitas del Niño Jesús. Puede que no tengan la talla suficiente para Teresa de Ávila, puede que no; pero ¿Teresitas del Niño Jesús?, todas, absolutamente todas pueden serlo. Y por lo mismo, pueden hacer todos el ofrecimiento como Víctimas al Amor Misericordioso de Dios como lo hizo Santa Teresita.

Otra cosa muy distinta es el ofrecimiento como Víctimas a la Justicia de

Dios, al modo de Santa Catalina de Siena, Sor Isabel de la Trinidad, etc. Para ello se requiere una predestinación especialísima, que la tienen poquísimas almas. A mí, si una persona me pidiera permiso para hacer el ofrecimiento de víctima a la Justicia de Dios, como no tuviese yo una seguridad muy grande: primero de que se trata de una persona que está ya muy elevada, por lo menos en la sexta morada, y que además se ve claramente que es una cosa que el Espíritu Santo se lo está inspirando de día y de noche, de día y de noche, le diría que no. Que de ninguna manera.

En cambio el ofrecimiento como víctima al Amor Misericordioso todas Uds. lo pueden hacer, y lo deben hacer. El de Santa Teresita sí, el de víctima como Sor Isabel de la Trinidad por ejemplo, no, Sor Isabel de la Trinidad fue víctima en el otro aspecto, y eso requiere una predesti-

nación especialísima; la tiene quien la tenga, pero el que no la tiene no la tiene.

La santidad al alcance de todos

Voy a terminar. Pero antes quiero decirles una cosa importantísima que interesa, no solamente a las monjas contemplativas, sino a todos los cristianos en general, incluso a los seglares más inmersos en el mundo; a los empleados en una oficina, a los mismos labradores que se pasan la vida en las duras labores del campo. Y es que la santidad incluso la santidad contemplativa más encumbrada se encuentra al alcance de todos, absolutamente de todos los bautizados. Como les decía al principio de esta conferencia todo depende del bautismo, todo arranca del bautismo. Es el día más grande de nuestra vida repito en que se nos infundió en el alma la gracia de Dios; pero no para

que permaneciera pasiva y enterrada en la esencia de nuestra alma, sino como una semilla que debería crecer y desarrollarse hasta convertirse en un árbol frondoso en el que vengan a cobijarse las mismas aves del cielo. Todos estamos llamados y obligados a aspirar a ese pleno crecimiento de la gracia. No estamos obligados a ser santos en un momento determinado («aquí y ahora» precisamente), pero sí lo estamos, y por cierto gravemente, a aspirar a serlo algún día, trabajando poco a poco, día a día, a lograrlo así. Y esto por tres argumentos aplastantes:

1º. Lo exige así la gracia bautismal infusa en nuestra alma en forma de semilla, que ha de crecer hasta alcanzar su pleno desarrollo.

2º. Lo exige así el primer mandamiento (¡mandamiento, no consejo!) de la Ley de Dios: «Amarás al Señor tu Dios

con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas», y en eso, precisamente, consiste la santidad más encumbrada, que sólo podremos cumplir plenamente en el cielo ante el éxtasis inenarrable de la visión beatífica.

3º. Porque lo ha declarado solemnemente la Iglesia en el Concilio Vaticano II dedicando nada menos que un capítulo entero (el 5º de la magna Constitución «Lumen gentium») a la vocación universal a la santidad donde se nos dice expresamente:

«Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas

según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos» (Concilio Vaticano II, Constitución «Lumen gentium», n. 40).

Y ¿qué es lo que tiene que hacer el seglar para llegar a esta santidad obligatoria? ¡Respirar amor! Nada más.

Final

Nada más. Y ahora Vds. tienen la palabra por si quieren hacerme alguna pregunta sobre cualquiera de las cosas que les acabo de explicar. Y si no, que

Dios las bendiga a todas y las haga muy santas al estilo de Santa Teresita, el centenario de cuya muerte celebraremos si Dios quiere el 30 de septiembre de 1997. Amén, amén.

Fray Antonio Royo Marín, O.P.

ÍNDICE

La gracia de Dios.................... 5
Virtudes Infusas 13
Los dones del Espiritusanto 22
Los Grados de Oración 29
La Contemplación 44
El Director Espiritual 55

LIBROS MUY RECOMENDADOS

De la Mística Doctora Santa Teresa de Jesús:

Libro de la Vida (Autobiografía de la Santa). Escrito por obediencia, de 374 páginas, al precio de 4,20 €.

Camino de Perfección, de 184 páginas, al precio de 3,20 €.

Libro de «Las Moradas» o Castillo Interior, de 192 páginas, precio de 2,30 €.

De Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia:

Historia de un Alma (Autobiografía), con 356 páginas, al precio de 3,85 €.

NOTA: Los precios aquí señalados son los del periodo 2006 y 2007. En años sucesivos podrían subir algo, según el IPC o subida de la vida.

Santa Teresa de Jesús ha sido mi gran maestra: la que más me ha enseñado y me ha animado a perseverar en la oración y por ello a luchar contra mis defectos.

San Alfonso María de Ligorio, el mayor doctor de la Iglesia de los últimos siglos, también tuvo a Santa Teresa por madre y maestra, e impregnado de la doctrina de la Santa llegó a ser el gran Doctor de la oración y de la perfección.

La maravillosa Doctora Santa Teresita del Niño Jesús es más sencilla y menos profunda que la de Ávila, pero no menos atractiva y sugestiva. Esta es la

Santa de las almas pequeñas, porque su vida y su doctrina es «hacer con mucho amor de Dios todas las cosas» aun las más insignificantes, lo ordinario de cada día, y, como lo que cuenta es el amor, nos enseña a llegar a la perfección con las mismas cosas que hacemos.

El editor.